



La génesis de la sexología en el contexto de las Ciencias Sociales

Dr. Jaime E. Barrientos Delgado*

INTRODUCCIÓN

Este artículo pretende hacer una pequeña revisión, tanto histórica como teórica, de la génesis de la “Sexología” como disciplina en el contexto del desarrollo de las ciencias sociales. Una visión histórica, pues sería imposible entender la sexología sin dar cuenta de las diversas tensiones a las que se vio sometida la sexualidad durante siglos. Teórica, pues es imposible pensar la sexología sin la inscripción de ella en diversas miradas teóricas.

La historia de la sexología ha sido escrita por cientos de autores. Psiquiatras, médicos, forenses, criminólogos, historiadores, sacerdotes, psicoanalistas. Sin embargo, para comprender estas historias es necesario señalar un a priori importante: la realidad es plural y por lo tanto, el conocimiento sobre ella también lo es, sin embargo, nuestras sociedades pretender hacer creer y legitiman sólo un tipo de conocimiento: el científico.

Y este conocimiento, en la actualidad, se caracteriza, entre otras cosas, por su carácter fuertemente esencialista. Este carácter es central en los procesos de creación de la naturalización de determinados procesos, prácticas o mitos.

Por ejemplo, según esta perspectiva, el afecto y el deseo entre varones y mujeres es universal y forma parte de la naturaleza humana. Y al hacer esta operación, se afirma de paso que, por ejemplo, la heterosexualidad es natural, universal e inmune a influencias políticas, sociales e históricas.

En la actualidad, especialmente, autores como Judith Butler¹ o Beatriz Preciado², entre muchos otros teóricos así llamados “queer”, han puesto en jaque a esta postura esencialista al realizar una fuerte crítica a lo que se ha dado en llamar “la matriz heterosexual”. Asociación o no con la película “The Matrix”, la apuesta de estas autoras es sospechar del carácter natural y normativo de la heterosexualidad, preguntándose por la relación entre esta heterosexualidad y los “fallos del sistema”, o en otras palabras, lo que se podría denominar las sexualidades heterodoxas

De esta forma, la moraleja, para el tema que nos convoca es que en el ámbito de las ciencias sociales y la sexología, lo que acontece con el conocimiento generado por ellas, es que ha sido creado a lo largo de un largo proceso histórico, social y disciplinario.

LA SEXOLOGÍA, ¿CIENCIA DEL DESEO O TECNOLOGÍA DE CONTROL?

La sexualidad, como objeto de estudio e intervención, siempre ha estado sujeta a una serie de saberes que han intentado gestionarla, sin embargo, en cada sociedad concreta “... *existen saberes sexuales hegemónicos y otros subalternos. Los primeros aseguran el orden social y lo legitiman; los segundos a veces y en ocasiones consiguen generar una respuesta alternativa distinta a la hegemónica*” (Guasch, 2000)³.

Durante mucho tiempo este saber provenía de la religión, sin embargo, a fines del siglo XIX será la medicina y más adelante la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología y mucho más tarde la sexología – tal cual se la entiende actualmente –, los saberes que gestionarán la sexualidad. De esta forma, la tarea de producir discursos verdaderos sobre la sexualidad – palabra que sólo aparece hasta 1860 ha estado más recientemente a cargo de la biología y la medicina; ellas han tomado el relevo de las instituciones religiosas que, tradicionalmente después de la Edad Media, decían y hacían decir la verdad sobre la sexualidad (Foucault, 1998).⁴

Sin embargo, pese a su apariencia más descriptiva, los discursos de la medicina, de la biología y de la sexología naciente no cesaron de ser extremadamente “**normativos**” enfatizando nociones como lícito / ilícito, normal / anormal. Estos discursos venían a hacer grandes definiciones de las perversiones, mientras

¹ Su principal y primer libro es “El género en disputa”. (2001). Editorial Paidós, México.

² Su principal libro es “Manifiesto Contrasexual” (2002), Ediciones Opera Prima, Madrid, España.

³ En: La crisis de la heterosexualidad. Editorial Laertes, Barcelona, España.

⁴ En: Historia de la sexualidad. Editorial Siglo XXI, Madrid, España.

que la Iglesia modera su intervención en la sexualidad conyugal para permitir la entrada de la medicina a este dominio, recomendando inmediatamente la “moderación” a los esposos.

Específicamente, la tarea de la medicina y la biología, junto a la incipiente sexología – “*protosexología*” –, será la de descubrir, describir y analizar las “**leyes de la naturaleza**”, como también, aislar e individualizar las características específicas de la sexualidad detallando sus caminos de normalidad y sus variantes, acentuando su poder y especulando sobre sus efectos. La “*protosexología*”, entonces (Bejin, 1987)⁵ muy ligada a la medicina, será la que se encargará de organizar “*la salud sexual con el fin de garantizar la reproducción. Sus preocupaciones serán el aborto, los embarazos, y las enfermedades de transmisión sexual aunque también se ocupará de las sexualidades “no ortodoxas” para controlarlas y si fuese necesario tratarlas*” (Guasch, 2000).⁶

La aparición del psicoanálisis a fines del siglo XIX y comienzos del XX prolongará un tiempo más el movimiento de medicalización de la sexualidad. El gran impacto de la teoría de Freud, y su larga vulgarización a todo lo largo del siglo, refuerzan la idea de que la actividad sexual era una expresión de una pulsión potente de origen biológico que el individuo buscaba en todos los casos de satisfacer directa o indirectamente y cuyos únicos límites serían las coacciones, esencialmente, exteriores que le impone la sociedad.

Sin embargo, y pese al psicoanálisis, la legitimidad médica para el control de la sexualidad entra en crisis tras la II Guerra mundial. Las críticas de Willhem Reich, las primeras grandes investigaciones sociológicas en sexualidad de Alfred Kinsey en USA. y los estudios antropológicos – culturales de Margaret Mead – que introducen el relativismo cultural –, como también, las condiciones históricas de la época, habrían generado las condiciones de posibilidad de este debilitamiento. Estos antecedentes se unirán – implícita y explícitamente – y contribuirán en los años 60’ a lo que se ha dado por llamar “*revolución sexual*”, momento histórico en el que se generan y consolidan con fuerza los movimientos de liberación de gays y lesbianas y los movimientos de mujeres; tiempo en el que aparecen de forma masiva las técnicas anticonceptivas las que liberan a la sexualidad de su relación con la reproducción, como también, época en el que se reivindica el libre ejercicio de la sexualidad como instrumento de liberación social.

Todas estas transformaciones, probablemente, condujeron a que se re – organizara un nuevo modelo de control de la sexualidad acorde a estos cambios, pero ahora bajo un sustrato biomédico. Así, la nueva definición de “**normalidad sexual**”, la nueva forma de control social del sexo, se organiza de forma más sutil, pues ya no se trata de reprimir y prohibir la actividad sexual, sino que se trata ahora de dar normas para el acceso al placer – “*racionalización del placer*” –. La actividad sexual no se prohíbe sino que ahora se recomienda pero en el estricto seguimiento de un orden – trietápico o tetraetápico –, de una sujeción mediante el seguimiento de pautas y reglas de las cuales se encargará la nueva sexología.

Es así como en los años 60’, Masters y Johnson fundan la sexología moderna. Estos investigadores con sus trabajos de sexología otorgan a otras especialidades la gestión de las ETS o enfermedades de transmisión sexual – dermatología – y los embarazos y abortos – ginecología – ocupándose de ello sólo de modo secundario, mientras que la psiquiatría y psicología, por su parte, continuarán ocupándose de las perversiones sexuales. En cambio la nueva sexología tendrá como preocupación central el “*orgasmo*” (Bejin, 1987)⁷. De esta forma, ahora la sexología tratará de eliminar cualquier problema – “*disfunción*” – que no permita alcanzar el orgasmo. Según Bozon (1999)⁸ esta sexología no tendría el objetivo de hacer hablar a los individuos de ellos mismos, sino que sería más bien una disciplina con una ambición médica que se quiere ante todo como un arte o técnica del buen funcionamiento sexual, más que como una ciencia de la sexualidad.

La sexología, entonces, surgiría y se consolidaría como una novedosa preocupación por los estudios científicos sobre la sexualidad y es por ello que quizás surge en estrecha relación a la medicina, la psicología, la psiquiatría y la pedagogía asumiendo la función de establecer las normas morales y sociales. Esta ciencia del sexo llegaría a ser un complemento adecuado a las ciencias sociales, y los sexólogos tenían la pretensión de conseguir un estatus científico, lo que le dio a ellos un prestigio que, finalmente, ha proyectado sus influencias, definiciones, clasificaciones y normas hasta hoy en día.

Es así como, por ejemplo, incluso hoy se constata la influencia de la sexología en ciertas definiciones usadas en el ámbito de la sexualidad como aquellas que relativas a salud sexual han hecho grandes organismos internacionales desde la década de los 70’. En este contexto, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha definido la salud sexual como “*la aptitud para disfrutar de la actividad sexual y reproductora*

⁵ En: Sexualidades occidentales. Editorial Siglo XXI, Madrid, España.

⁶ En: La crisis de la heterosexualidad. Editorial Laertes, Barcelona, España.

⁷ En: Sexualidades Occidentales. Editorial Siglo XXI, Madrid, España.

⁸ En: Les significations sociales des actes sexuels. Actes de recherche en sciences sociales, 128, 3-23.

amoldándola a criterios de ética social y personal. Es la ausencia de temores, de sentimientos de vergüenza, de culpa, de creencias infundadas y de otros factores psicológicos que inhiban la actividad sexual o la perturban. Es la ausencia de trastornos orgánicos, de enfermedades y de deficiencias que inhiban la actividad sexual y reproductiva" (Lottes, 2000)⁹. Esta definición sería un resultado de esta nueva sexología que destaca la necesidad de disfrutar, pero que no libera al sexo de sus sujeciones sino que le otorga nuevas pautas en las que se reforman las normas de acceso al placer.

Sin embargo, es importante destacar también que la sexología como disciplina, ha tenido importantes efectos positivos en la ampliación del conocimiento de las conductas sexuales, aunque muchas veces ponderen una serie de consecuencias negativas. Entre los efectos positivos se pueden señalar que ha permitido codificar una tradición sexual, un conjunto más o menos coherente de suposiciones, creencias, prejuicios, reglas, métodos de investigación y formas de reglamentación moral que todavía configuran la manera en cómo se vive la sexualidad, codificación que se compadecería con el interés de los primeros sexólogos que se veían a sí mismos como comprometidos en una lucha simbólica entre la luz y las tinieblas, la ignorancia y el saber, siendo en esta lucha – que se insertaba dentro del ideario y *fe post* – iluminista en el progreso científico – la ciencia su arma más poderosa.

Pese a ello, el objeto de estudio de la sexología sería notablemente cambiante e incierto. Como ya se ha señalado, la sexología surge en el contexto de una compleja red de prácticas sociales, se crea a partir de un conjunto de textos y esfuerzos sociales, todo ello en medio de una explosión del debate en torno a la sexualidad en el siglo XIX en los cuales, como dice Foucault (1998)¹⁰, la sexualidad se convierte en un elemento central en el ejercicio del poder dado que constituye un punto de una doble conexión en las operaciones productivas del poder.

Lo anterior, conduce, por un lado, a una nueva preocupación por el control de la población como un todo y, por otro, a una tecnología de control sobre el cuerpo surgiendo así lo que Foucault (1998)¹¹ llamaría el "*biopoder*", forma de poder que extiende sus redes de regulación y control con eficacia a todos los rincones de la vida.

De esta forma, la sexualidad pasa a constituirse en un campo importante para las operaciones políticas; se transforma en un ferviente campo de batallas simbólicas. La sexualidad se constituye entonces en un campo clave de las relaciones sociales, revelándose como el medio más adecuado para las diversas luchas por el mismo. La sexología surge de estas luchas y prácticas sociales, comenzando la tarea de analizarlas, codificarlas y definir desde allí en un nivel teórico. Y así, los sexólogos traducen a términos teóricos lo que se percibe como un problema social. Sin embargo, estas prácticas sociales serían extremadamente cambiantes, lo que obligaría a re – pensar actualmente, de forma constante el papel de la sexología, lo que no significa de ninguna forma que no se viva con muchos de sus hallazgos.

Probablemente, esto es así, pues los descubrimientos de las investigaciones y las teorías sobre el sexo han sido permitidos cuando han sido compatibles con el discurso aceptable – gran parte de las veces el de la medicina – y ello pues fue sólo a través de una simbiosis con la medicina que la sexología adquirió respetabilidad. De esta forma, la apelación de los sexólogos a la ciencia ha sido un medio para legitimar una intervención regida por específicas relaciones de poder en las que se producen determinadas normas que limitan y ponen límites a las conductas eróticas. Quizás por ello sea destacable mencionar que uno de los más relevantes efectos de la sexología ha sido entre otros, la creación de **sistemas jerárquicos de valoración sexual** (Rubin, 1989)¹², ya mencionados anteriormente.

Algunas reflexiones históricas en relación a las ciencias sociales

La historia de la sexualidad y de la sexología, no pueden ser entendidas sin hablar de la historia de las ciencias sociales. Además, específicamente la historia de las ciencias sociales no pueden ser completamente entendida sin su larga tarea por intentar separarse de la disciplina "madre", la filosofía, y más adelante, por su intento de asemejarse a las ciencias naturales, en especial en relación al uso del método científico.

Sin embargo, pese a los grandes esfuerzos de Comte o Durkheim, o más adelante de algunos psicólogos conductistas como Watson o Skinner, esta última tarea siempre ha estado llena de enormes polémicas y dificultades. Asumir que los fenómenos sociales, como las relaciones sociales, por ejemplo, son "simples", y, que por tanto, el sujeto investigador puede ser completamente neutro a la hora de indagar sobre ellos, sin afectar el "objeto" de estudio, es una afirmación, que en la actualidad, ya casi nadie defiende.

⁹ En: New views on sexual health. The case of Finland. The Population Research Institute, Series D 37, Helsinki, Finlandia.

¹⁰ En: Historia de la sexualidad. Editorial Siglo XXI, Madrid, España.

¹¹ En: Historia de la sexualidad. Editorial Siglo XXI, Madrid, España

¹² En: Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina, Editorial Talasa, Madrid, España.

Los sociólogos de conocimiento, en especial Schutz, Berger y Lukman, en los años 60', afirman que la realidad social es construida, lo cual, viene a provocar un cisma epistemológico, no sólo en la sociología, sino que en todas las demás disciplinas sociales. Este quiebre supondrá llegar a asumir que las disciplinas sociales tienen como "objetos" de estudio, a "sujetos", y que, por tanto, es imposible estudiarles, sin de paso afectarles.

En este mismo periodo autores franceses, en especial Michel Foucault¹³, vendrán a dar cuenta de las complejas relaciones de poder que ejercen las diversas disciplinas, al legitimar determinadas verdades respecto al saber producido respecto a los "objetos" estudiados por diversas disciplinas. Estos saberes, según Foucault, se llegan a erigir como "verdades" únicas, incuestionadas. Sin embargo, estas verdades sólo tendrían sentido en determinados contextos históricos. Esta crítica y sospecha respecto al carácter único del conocimiento producido por las disciplinas, contribuirá, junto a aquellas formuladas por los sociólogos del conocimiento, al quiebre epistemológico de la ciencias sociales, posibilitando la aparición de nuevas reflexiones respecto a los "objetos" de estudio, respecto a la relación entre los sujetos investigadores y los "objetos" estudiados (a la vez "sujetos"), como también, respecto al método.

De esta forma, aparece el **construccionismo social**, que luego se seguirá desarrollando con autores, especialmente ingleses¹⁴, y, recientemente, españoles¹⁵ y Australianos. Además, cobra fuerza el método cualitativo en ciencias sociales, así como la idea de la triangulación entre los métodos y entre diversas técnicas metodológicas. Todas estas transformaciones en las ciencias sociales también, afectarán a la sexología y al estudio de la sexualidad. Por ello, es que en estas fechas comienza a desarrollarse todo un aparataje teórico conceptual, pero también metodológico, que resalta el carácter construido de la sexualidad, así como la necesidad de abordarlo desde los sentidos y significados que los sujetos le asignan a este fenómeno. Además, se resalta el carácter fuertemente social de la sexualidad, relevándose la idea respecto a que una relación sexual es a la vez una relación social, si bien particular, lo cual, a la vez es casi una demanda, hacia las disciplinas que específicamente se ocupan de estudiar a las relaciones sociales¹⁶, de aportar conocimiento respecto al tema. Por ejemplo, en uno de los más importantes estudios relativos a la sexualidad realizado recientemente en el mundo, específicamente en USA, se define a la sexualidad de esta forma (Laumann, et al. 1994)¹⁷.

Las ciencias sociales y la sexología. El nacimiento disciplinario

La ciencia también está en la sexualidad. Así, en los últimos 150 años, la ciencia positiva se ha encargado de indagar en la sexualidad, señalando lo sano/malsano, lo anormal/anormal. De esta forma, la gestión y el control del saber respecto a la sexualidad se traslada, desde la religión y la Iglesia, a la medicina, especialmente, a fines del siglo XIX. La medicina transformará, de esta forma, el pecado en enfermedad, en un proceso que provocará la sustitución de lo que se podría denominarse, según Foucault, un "**ars erótico**" a una "**ciencia de la sexualidad**". Más adelante, a esta labor se sumarán las, así llamadas, disciplinas vinculadas a las ciencias sociales, que justamente, además, por esta misma época, pretenden diferenciarse de la filosofía, intentando establecer tanto un objeto como un método propio, procurando asemejarse lo "más posible" a las ciencias naturales (al menos en lo que dice relación al método).

Sin embargo, antes del desarrollo, hacia fines del siglo XIX con Kraft-Ebing, Moll y Ellis, de una primera ciencia de la sexualidad o "protosexología"¹⁸ (según André Bejin), los discursos sobre la sexualidad proliferaban y emanaban de diversas fuentes disciplinarias, en especial, la medicina, la criminología o incluso la historia.

La voluntad de saber con respecto a la sexualidad y la aparición de un lenguaje cada vez más preciso y específico respecto a ella, está ligado a la emergencia de técnicas disciplinarias de poder sobre el cuerpo, fundadoras, al decir de Foucault, de un nuevo orden social, donde las disciplinas ya no son más solamente impuestas externamente, sino que pasan a constituirse en disciplinas del yo. Disciplinas en un doble sentido, tanto de coacción, como de campo de saber. De esta forma, la pedagogía, la psiquiatría, el psicoanálisis, la medicina y la primera sexología tienen en común investigar y regular todas las conductas cotidia-

¹³ Ver "Historia de la sexualidad" (3 tomos). (1994). Ediciones Siglo XXI.

¹⁴ Con autores como Potter, Whetherell o Parker. Además, en este país, se está desarrollando todo un trabajo teórico y metodológico en relación a la sexualidad, en especial con Jeffrey Weeks y con Kenneth Plummer. En Australia, se destaca Michael Kimmel, con sus estudios en relación a la masculinidad.

¹⁵ En particular en el departamento de psicología social de la Universidad Autónoma de Barcelona, con personas como Tomás Ibáñez, Lupicínio Iñiguez, Margot Pujal o Joan Pujol. Estos dos últimos han desarrollado todo un trabajo conceptual y metodológico en relación a la sexualidad y los estudios feministas y de género.

¹⁶ La disciplina encargada de estudiar las relaciones sociales, es la Psicología Social.

¹⁷ En: The social organization of sexuality. Sexual practices in the United States. The University of Chicago Press, Chicago, USA.

¹⁸ La palabra aparece en inglés hacia 1800, en alemán en 1820 y en francés en 1860.

nas y los comportamientos individuales a partir de enunciados que definen lo “normal” de lo “anormal”. Estas nuevas disciplinas son creadoras a la vez de un cuerpo de conocimientos, de un cuerpo de especialistas, de un conjunto de nuevas actitudes hacia los sujetos, como también, de nuevos cuerpos sexuales.

La autonomización de la sexualidad, es también contemporánea al surgimiento de una nueva representación biológica del sexo: “**el modelo de los dos sexos**” (Laqueur, 1990).¹⁹ En la representación antigua de un único sexo, las mujeres no se diferenciaban de los hombres por su cuerpo; ellas eran solamente hombres “menos perfectos”, tanto física como socialmente, situadas, además, jerárquicamente e, incluso, metafísicamente, a un nivel más bajo que los hombres. Sin embargo, en el siglo XVIII, surge una concepción que coloca a los cuerpos de hombres y mujeres como “*opuestos inconmensurables, horizontalmente ordenados*” (Laqueur, 1990)²⁰, diferentes en los mínimos detalles tanto físicos como psicológicos.

En su gran esfuerzo de normalización, las nuevas disciplinas toman a nuevos sujetos: los niños primero, luego las mujeres, dejando de lado (o al menos intentándolo) la tradicional moral religiosa, que durante siglos reguló la sexualidad humana en occidente, especialmente, sobre el cuerpo de las parejas o cónyuges (Flandrin, 1984)²¹. De esta forma, se transforman, casi en una obsesión, la regulación y control de la masturbación de los niños, creándose una serie de dispositivos tecnológicos encargados de ello. Así, por ejemplo, la masturbación es condenada tanto por los médicos como por los educadores. Esta condena tiene menos el objetivo de erradicar la práctica, que la implantación más bien de una nueva mirada sobre el cuerpo.

La sexología naciente en esta época, se preocupa de todo aquello que podría amenazar la sexualidad “normal”, las enfermedades venéreas (hoy conocidas como ETS) y de las perversiones. Grandes definiciones y tablas clasificatorias de grandes perversiones fueron hechas en esta época, destacándose la realizada por Kraft-Ebing en su “*Psychopathia sexualis*” en 1886. Estas clasificaciones detalladas producen prontamente nuevas especies, definidas por sus prácticas perversas: el sádico, el masoquista, la zoofilia, etc. Este interés científico por las sexualidades “heterodoxas” o “periféricas” amplía el campo de la descripción y reduce el espacio relativo a lo que se podría llamar una sexualidad normal.²²

Por ejemplo, la teoría freudiana de la sexualidad da un paso más en este movimiento de incorporación de las perversiones en la normalidad. La predisposición a las perversiones, es decir, a la búsqueda del placer, llega a ser una predisposición original. Otro ejemplo de estos nuevos discursos respecto a la sexualidad lo constituye la incorporación de la subjetividad femenina, durante mucho tiempo relegada al lugar de la “histeria”²³. En el cuadro del modelo de los dos sexos, llega a ser esencial fijar las fronteras diferentes de los normal/anormal para las mujeres y para los hombres. La actitud de las mujeres hacia su rol maternal y su rol de esposa llega a ser la piedra de toque de su normalidad sexual. Más adelante, la nueva sexología incorporará como unos de sus importantes tópicos el placer de las mujeres.

La sexología contemporánea, que aparece hacia mediados del siglo XX con Kinsey y Master y Johnson, retoma como suya la cuestión fundamental relativa al placer y el orgasmo (así como los obstáculos para lograr el orgasmo) y, como cuestión corolaria, aquella del funcionamiento conyugal. A estos dos temas de los nuevos discursos respecto a la sexualidad corresponden dos nuevos modos de evaluación de los actos físicos de la sexualidad a menudo poco ligados: el lenguaje de la investigación racional del placer, que mide las prácticas, las posiciones, las parejas en términos de utilidad y de eficacia para el placer, y el lenguaje más psicológico de la comunicación conyugal.

Kinsey es el autor que ha llevado más lejos la tendencia a identificar la sexualidad como una economía racional de producción de orgasmos²⁴. Su énfasis exclusivo sobre el placer va de la mano con una ausencia total de referencia a la reproducción y al embarazo. El orgasmo será el objetivo, la prueba y la realidad profunda de la sexualidad. Las relaciones maritales ocuparán también un lugar importante en su trabajo.

Por su parte, Masters y Johnson, fundadores de una sexología clínica y terapéutica, se preocuparán, hacia los años 60', de la calidad de los orgasmos en el contexto conyugal, pero fijando implícitamente una norma mucho más precisa y más restrictiva del buen funcionamiento sexual. El trabajo fundador de estos autores es la observación en laboratorio de las reacciones fisiológicas de las parejas heterosexuales en el momento del acto sexual habitual. Su objetivo mayor es la observación de los “ciclos completos de respues-

¹⁹ En: La fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident. Gallimard, París, Francia.

²⁰ En: La fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident. Gallimard, París, Francia.

²¹ En: El sexo y el occidente. Evolución de las actitudes y comportamientos. Granica, Barcelona, España.

²² Gayle Rubin, en uno de sus más conocidos ensayos, habla justamente de la creación de “*sistemas jerárquicos de estratificación erótica*”.

²³ Rachel Maines, habla de ello en su brillante ensayo histórico titulado “The technology of the orgasm”

²⁴ Este investigador realiza en USA en los años 40', las primeras grandes encuestas sobre sexualidad.

ta sexual". Implícitamente estos investigadores pretenden investigar la "armonía sexual" entre los cónyuges. Por ello, postulan que el acto sexual deviene una forma suprema de comunicación entre los cónyuges.

La epidemia del SIDA a marcado la re-aparición de un lenguaje más "sanitario" sobre las prácticas sexuales. La existencia de la transmisión del VIH por vía sexual hace surgir discursos inspirados en la epidemiología, sobre el riesgo ligado a la sexualidad y los modos de prevención. A las campañas de prevención que recomiendan el uso del preservativo en general, se yuxtaponen campañas más específicas focalizadas hacia jóvenes, homosexuales y usuarios de drogas. Además, en esta época se efectúan grandes encuestas cuantitativas sobre sexualidad en diversos países del mundo tanto desarrollado (USA, Francia, Inglaterra, Países Nórdicos, etc.) como en vías de desarrollo (especialmente países africanos). También, paralelamente numerosas investigaciones cualitativas son realizadas en diversos países del mundo. Estas últimas investigaciones asumen una mirada de género, que intenta dar cuenta de los impactos subjetivos que la sexualidad tiene para hombres y mujeres, especialmente, en países con importantes inequidades de género.

Como consecuencia de estas investigaciones realizadas de cara al SIDA, se efectúan una serie de lecturas culturales respecto a la sexualidad, desplazando una descripción sumaria de la sexualidad, generalmente estigmatizante, a descripciones más detalladas, usando un lenguaje mucho más preciso, recomendando o desaconsejando ciertas prácticas en función de sus consecuencias para los individuos. Así también, acento y la atención se desplaza desde una "mala" sexualidad hacia una "buena" sexualidad, el uso de dicotomías que oponen actos apropiados/inapropiados comienza a decaer. El movimiento es importante desde dicotomías que expresan prohibiciones absolutas (lícito/ilícito, conforma a la naturaleza/contrario) hacia aquellas que indican prohibiciones sociales (normal/anormal), y más tarde hacia aquellas que se refieren a racionalidades individuales o interindividuales (satisfecho/frustrante). Sin embargo, el resurgimiento en el contexto del SIDA de la oposición riesgo/sin riesgo, reaviva el miedo veneriano, sugiriendo que la unión de los cuerpos podría contener peligro.

Más recientemente, en el contexto americano surge el así llamado movimiento "queer"²⁵. Este movimiento pretende reivindicar las sexualidades heterodoxas, periféricas, a partir de una crítica feroz, hacia lo que se ha denominado, por Gayle Rubin, el sistema sexo/género, crítica que más adelante será profundizada por Judith Butler al hablar de la matriz heterosexual y del género como "**performance**". Este movimiento ha dado origen no sólo a diversos centros de investigaciones (Gay and Lesbian Studies), sino que también, a todo un corpus teórico y de investigación, especialmente en USA, Inglaterra, y más recientemente en Francia.

LA ACTIVIDAD Y EL COMPORTAMIENTO SEXUAL: SU INVESTIGACIÓN Y SU MEDICIÓN

La actividad sexual

Para las ciencias sociales, la actividad sexual ha sido un objeto difícil de aprender, pues el comportamiento sexual no es observable en sentido estricto; se hace imposible casi de observar directamente; se comporta como una práctica relevante, actualmente, sólo en el contexto de la intimidad, a lo que se añade que, generalmente, implica al menos a dos personas, es decir, una relación sexual es también una **relación social**, lo que añade otra dificultad a su estudio.

Quizás por ello cuando, actualmente, se alude a la actividad sexual se designa la mayor parte del tiempo a hechos recogidos por medio de las declaraciones individuales, pese a que la sexualidad y lo sexual suponen un componente simbólico y social, lo que conduce, finalmente, a que las declaraciones individuales de los sujetos porten efectos indisociables respecto a las prácticas, a las parejas, a los escenarios vividos, a las fantasías y las significaciones atribuidas a esas prácticas — placer, amor, seducción, riesgo de infección de enfermedades —.

Es por ello que en el contexto de este artículo se torne relevante definir que se entenderá por *actividad sexual* noción que se ha definido de muchas formas en función de la disciplina, las teorías puestas en juego o el momento histórico en que se efectuaron (Giami, 1991)²⁶. La elaboración de una definición de comportamiento sexual supone ciertos problemas pues, por una parte, es necesario delimitar las actividades y prácticas que revelan que la esfera sexual no va más allá de sí y, por otra parte, es necesario reunir las

²⁵ Queer significa "marica", "maricón". Es la palabra, generalmente, peyorativa y despectiva, que es usada en USA, para referirse a los homosexuales. Sin embargo, en el contexto del surgimiento de un movimiento de lucha política e identitaria, esta palabra es re-utilizada y re-significada por los gays en USA para referirse a ellos mismos.

²⁶ En: De Kinsey au Sida: l'évolution de la construction du comportement sexual dans les enquêtes quantitatives. Sciences Sociales et Santé, 9, 4, 23-55.

dimensiones corporales, fisiológicas y sociológicas en un mismo concepto, lo que añade el problema de su articulación (ACSF, 1993).²⁷

El concepto de **comportamiento sexual** tiene su origen en el campo de la biología, la fisiología y la psicología experimental (ACSF, 1993).²⁸ En gran parte de las investigaciones sobre sexualidad, el concepto de comportamiento sexual ha sido usado en un sentido que sobrepasa una estricta definición conductual del comportamiento, es decir, la *"reacción observable"* (ACSF, 1993).

Así, por ejemplo, para Kinsey (1953) el comportamiento sexual del hombre es el resultado de su organización morfológica y fisiológica, como también, de la situación donde él ha tenido sus experiencias junto al conjunto de otras cosas que le rodean: es decir, *"... es sometida a factores biológicos, psicológicos y sociológicos pero también, a todos aquellos elementos que se comportan simultáneamente y al fin se encuentra en presencia de un solo fenómeno formando un todo que no es solamente biológico, psicológico o sociológico en su esencia"*. Gebhard, por su parte, define el comportamiento sexual *"como toda actividad – solitaria, entre dos personas o en grupo – que conduce a la excitación sexual"* (Gebhard, 1974)²⁹. Laumann et. al. (1994)³⁰, por su parte, definen el comportamiento sexual como toda *"actividad voluntaria y mutua con otra persona que implica un contacto físico y una excitación sexual"*.

En el contexto de este artículo *"la noción de comportamiento sexual comprende para cada individuo, una configuración que comprende un repertorio de prácticas sexuales, un repertorio de escenarios y un repertorio de significados"* (Bajos et. al., 1993)³¹. Esta definición de actividad sexual no es ni biológica ni sexológica exclusivamente sino que introduce la noción de lo psicosocial y lo cultural y no se restringe sólo a las prácticas corporales ni a las prácticas con las parejas, sino que asume que las prácticas tienen significaciones que variarían según el contexto en que éstas se realicen e introduce, además, la idea de que la actividad sexual es un *"arreglo particular"* para cada sujeto, como también, la idea de *"heterogeneidad"* tanto de prácticas sexuales como de escenarios y significados.

Esta definición implica además que, aunque los comportamientos sexuales se reconstruyan en el tránsito entre lo objetivo y subjetivo, deben ser puestos en acción en los *"escenarios"* donde realmente estos ocurren, es decir, en las relaciones sociales entre las personas. En otras palabras, se define el comportamiento sexual en términos tanto de prácticas *"objetivas"* clasificadas generalmente en términos de su sentido epidemiológico y en términos de su significación *"subjetiva"*, asumiéndose que el comportamiento sexual es una práctica atribuible a los sujetos y al mismo tiempo es una interacción entre sujetos – relación social –, cuya dinámica y forma deben investigarse como un objeto propio y por ello el énfasis en comprender las relaciones interpersonales.

Específicamente, en este artículo el concepto de **práctica sexual** es definido como toda acción realizada en el contexto de una relación social que puede implicar o no el acoplamiento corporal de los miembros de ésta, lo cual podría significar en la práctica tanto por ejemplo, sexo oral, anal o vaginal, como cualquier otra práctica como la masturbación, las prácticas Sado/Masquista, etc.

Ahora bien, las orientaciones de cada sujeto, sus prácticas sexuales, su biografía, son re-definidas según el *"escenario"* o contexto social y cultural en el que se ponen en juego en cada nueva oportunidad, teniendo siempre presente la realidad sociocultural – inscripción social – en la que cada cual se inserta, es decir: *"el otro, la pareja estable o casual, el contexto que define las relaciones como un tipo de relaciones y el ciclo de vida en que se sitúan crean exigencias y posibilidades siempre distintas"* (Conasida y ANRS, 2000).³² Esta definición supone que, en la actualidad, existirían diversas exigencias y posibilidades que conducen a decisiones situacionales, a conflictos y a negociaciones que permiten construir perspectivas futuras o cierran posibilidades para el presente, lo que torna necesario caracterizar esas relaciones y las formas más frecuentes, o también, aquellas excepcionales que resultan de ellas.

Por último, al hablar de **significados** en este artículo se asume que la actividad sexual tiene valores y funciones atribuidas ya sea conscientemente o no a esta actividad, significados que actuarían como criterios de acción que prescriben y proscriben y que tendrían directa relación con la interpretación de los aspectos situacionales. Entre estos significados los principales serían: amor, reproducción y placer.

²⁷ En: Les comportements sexuels en France. Rapport au ministre de la Recherche et de l' Espace. La documentation Française, París, Francia.

²⁸ En: Les comportements sexuels en France. Rapport au ministre de la Recherche et de l' Espace. La documentation Française, París, Francia.

²⁹ En: Les comportements sexuels en France. Rapport au ministre de la Recherche et de l' Espace. La documentation Française, París, Francia.

³⁰ En: The social organization of sexuality. Sexual practices in the United States. The Chicago Press, Chicago, USA.

³¹ En: Les comportements sexuels en France. Rapport au ministre de la Recherche et de l' Espace. La documentation Française, París, Francia.

³² En: Estudio nacional de comportamiento sexual. Primeros análisis. Ministerio de salud y ANRS, Santiago de Chile.

Es decir, en el contexto de este artículo primará la noción de sexualidad entendida como una actividad social, lo que permitiría profundizar o comprender en términos nuevos no sólo un cierto número de preguntas sociológicas, sino que también, psicosociales, demográficas o epidemiológicas en relación con la sexualidad en Chile que antes no habían sido exploradas. De esta forma, tomar en cuenta los comportamientos sexuales enriquecería, por ejemplo, los análisis de sociología de la familia o el estudio de la relación entre hombres y mujeres, entre múltiples otros temas. Es importante añadir además que la descripción e interpretación de la diversidad de los comportamientos sexuales humanos ha sido llevada a cabo de manera paralela en el contexto de diversos tipos de trabajos: investigaciones etnográficas, trabajos históricos sobre la sexualidad del pasado, encuestas cuantitativas sobre los comportamientos sexuales.

Sin embargo, *¿cuáles son las implicaciones ligadas a estudiar la sexualidad como una actividad social?* Según Bozon y Leridon (1993)³³, la primera consecuencia es la necesidad de pensar en una orientación de tipo descriptivo. Esto quiere decir que la sexualidad no puede ser entendida abstractamente sino que implica introducir, por un lado, la descripción concreta de la actividad sexual en el contexto en que ésta se desarrolla y, por otro, la significación que para los actores arrastra y lleva consigo. Esta forma de estudiar la sexualidad trae de la mano la necesidad de elaborar categorías y herramientas de análisis estandarizadas que permitan interrogar de mejor forma los comportamientos sexuales.

Ahora bien, el estudio de la sexualidad era hace algunas décadas un campo nuevo de estudio y, por lo tanto, su estudio supuso la exploración de nuevas herramientas, la adopción de herramientas de análisis ya usadas en otros campos o la transferencia de tecnologías desde otras disciplinas. Entre estas nuevas categorías y herramientas de análisis que se incorporan para el estudio de la sexualidad se encuentra, por ejemplo, la encuesta.

El interés y los límites de la cuantificación de los comportamientos

La descripción de la actividad sexual sería necesaria no sólo para el conocimiento y la, por ejemplo, prevención actual del HIV/SIDA, sino que también, para derribar toda la suerte de representaciones erróneas de lo que es la actividad sexual y toda la suerte de pre – construcciones sólidas del mundo social que han invadido muchos esfuerzos de comprensión como aquellas aparecidas en USA y llamadas “*explicit sex*” – pornografía – (Bozon, 1995)³⁴.

Es por ello que las descripciones precisas de la sexualidad serían escasas dado la dificultad de observar la actividad sexual humana en condiciones experimentales, lo cual no significa en ningún caso que esta descripción tenga que estar limitada a un discurso técnico y clínico desvinculado de sus significados y sentidos. También, la dificultad de describir la actividad sexual estaría ligada a la dificultad de evocar la actividad sexual a la primera persona – “yo” – (Bozon y Leridon, 1993)³⁵. Ello quizás pues en algún momento de la historia la actividad sexual fue situada en un lugar de intimidad donde ésta se vuelve a la vez indecible e invisible y por ello, actualmente, existiría una incapacidad occidental de vislumbrar la sexualidad como “*ars erótica*” – arte erótico –, objeto de aprendizaje y de discurso técnico (Bozon, 1999).³⁶

Existiría de esta forma, una dificultad a la hora de pensar a la sexualidad como objeto de estudio, dificultad asociada a la multiplicidad de resistencias de los investigadores que trabajan en el tema, resistencias aglutinadas en el carácter no fiable de los resultados, lo cual sin embargo no ha impedido la curiosidad (Bozon, 1995).³⁷

Además, generalmente, la sexualidad ha sido abordada más por sus resultados y sus traducciones institucionales – tales como la fecundidad, el matrimonio, las concepciones pre – nupciales, la organización de la familia, entre otras – que por el sentido biográfico de las prácticas. En este dominio ha existido un gran decálogo entre la fuerza de las representaciones, las ideas y las preconstrucciones del mundo social y la modestia de los conocimientos sociales (Bozon, 1995).³⁸ Así, en la actualidad, puede llegar a resultar casi imposible obviar la consideración de esas representaciones comunes de la sexualidad, construidas a partir de intuiciones y de la experiencia personales, de fantasmas colectivos, de la difusión de versiones simplificadas del psicoanálisis, de generalizaciones poco controladas de los medios de comunicación social: innumerables libros, encuestas, emisiones y sondeos de opinión sobre la sexualidad aparecen regularmente.

³³ En: Les constructions sociales de la sexualité. Population, 5, 1173-1196.

³⁴ En: Sexualité et Sida. Recherches en sciences sociales. ANRS, París, Francia.

³⁵ En: Les constructions sociales de la sexualité. Population, 5, 1173-1196.

³⁶ En: Les significations sociales des actes sexuels. Actes de la Recherche en sciences sociales. 128, 3-23.

³⁷ En: Sexualité et Sida. Recherches en sciences sociales. ANRS, París, Francia.

³⁸ Idem 37.

De esta forma, no se puede querer llevar a cabo un análisis profundo de los comportamientos sexuales ignorando los significados que asumen las prácticas para los actores (Bozon, 1995).³⁹

Ahora bien, es cierto que la forma en que la actividad sexual ha sido y es hoy construida y re – construida en las investigaciones sociales y epidemiológicas plantea una serie de interrogantes y problemas (Bozon, 1995)⁴⁰ pues muchas investigaciones sobre sexualidad no dan cuenta ni de las relaciones tanto sociales como sexuales ni de las prácticas sexuales, lo cual sería un importante problema en la medida que lo que hacen los cuerpos no es un “efecto derivado” que tenga menos realidad que la ideología sexual (Bozon, 1995).⁴¹ Lo anterior, no significaría en ningún caso que se deba evitar el análisis de las significaciones y los valores simbólicos asociados a las prácticas sexuales, especialmente, en la medida que hablar de las prácticas sexuales suele generar una fuerte resistencia (Bozon, 1995)⁴² tanto en la sociedad como en los investigadores – lo que tornaría relevante analizar la naturaleza de esas resistencias –.

La difícil medida de la actividad sexual

Es cierto que toda medición implica una reducción del fenómeno, en este caso la sexualidad, dado la selección de aspectos considerados como más significativos que otros. Esta reducción operaría de la misma forma, por ejemplo, dentro de las diversas encuestas – instrumentos que han sido las principales técnicas usadas para la investigación sobre sexualidad – que se han desarrollado sobre los comportamientos sexuales después de los años 40’ hasta la actualidad (Giami, 1991)⁴³. Así, se podría observar que esta reducción del fenómeno sexualidad supondría la inclusión de determinadas preguntas dependiendo del tiempo histórico, el contexto en que se desarrolla la encuesta y los objetivos de ésta.

Por ejemplo, las preguntas relativas a indagar la edad de inicio de la primera actividad sexual, la frecuencia de actividad sexual o las prácticas que son experimentadas han estado presentes desde las primeras encuestas que se conocen sobre sexualidad, mientras que el interés por el número de parejas sexuales en la vida ha sido característico de las encuestas de los años 90’; las encuestas anteriores no abordaban este tema sino a través de una pregunta sobre el número de parejas después de la entrada en la vida sexual o a veces bajo el número de parejas antes del matrimonio.

De esta forma, se puede señalar que una investigación sobre la sexualidad no sería jamás una operación rutinaria que se podría reproducir a la manera de encuestas por ejemplo, sobre el consumo alimentario. Así, analizar la sexualidad como una actividad social va más allá de si, en otras palabras, tiene efectos sociales, culturales y políticos (Ericksen y Steffen, 1996)⁴⁴ y así durante mucho tiempo el discurso de las ciencias sociales no fue considerado como el más adecuado para el análisis de la sexualidad; sólo aquellas disciplinas como la clínica que trabajan sobre el individuo – como la psicología clínica o la sexología – parecían ser los más adecuados, panorama que ha cambiado sustancialmente hoy en día.

*Psicólogo
Docente Escuela de Psicología
Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
Magíster en Sociología
Doctor en Psicología Social

Bibliografía complementaria sugerida

- Bozon, M. (2002). Sociologie de la sexualité. Editions Nathan, Collection 128, París, Francia.
Tiefer, L. (1996). El sexo no es un acto natural y otros ensayos. Editorial Talasa, Madrid, España.
Vance, C. (1994). Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina. Editorial Talasa, Madrid, España.
Weeks, J. (1985). El malestar de la sexualidad. Editorial Talasa, Madrid, España.
Weeks, J. (1998). Sexualidad. Editorial Paidós, México.

³⁹ Idem 37.

⁴⁰ Idem 37.

⁴¹ Idem 37.

⁴² Idem 37.

⁴³ En: De Kinsey au Sida: l'evolution de la construction du comportement sexual dans les enquetes quantitatives. Sciences Sociales et Sante, 9,4, 23-55.

⁴⁴ En: Learning about sexuality. A practical benining. Ther Population Council. International Women's Health Coalition, NY. USA.